

§ Bajo las tenues y pequeñas luces que colgaban sobre el aire nocturno del patio, su rostro dejaba traslucir los vestigios guaranícos, africanos y europeos que conjugaban en él una hermosura sin nombre. El piso de ladrillo era cercado por estrechas franjas de tierra fértil, alfombrada de perladas piedrecitas blancas, desde las cuales decenas de plantas tropicales conjuraban una especie secreta de encanto similar al de sus ojos negros. En efecto, había en aquellos ojos todo lo que en América creemos —o fingimos creer— haber enterrado, otorgándole lo que alguien describió correctamente como una «mirada de cinco siglos». Sentada en silencio, descalza y con un cigarrillo en la mano, la salvaje hojarasca de un jazmín brasileiro abierta a poca distancia de su oscuro cabello, como infinitos dedos que sueñan dar sonido a un instrumento delicioso y primitivo, ella también se preguntaba quiénes fueron los hombres, los infinitos hombres, que la habían llevado allí. Ella no lo sospechaba, pero ella era —como todas las cosas— apenas algo más que un eco. Y yo la contemplaba con el silencio respetuoso de los que invaden un cementerio, disimulando mi distante asombro, aunque todo en mí sintiera que una reverberancia de voces milenarias iba aflorar, en cualquier momento, desde sus labios.

—¿Qué hace?—me pregunté, temiendo que lograra desnudar mi corazón, y una voz interior me dijo «está esperando». Sus pies descalzos se unieron el uno al otro como dos trenzas juveniles o dos lianas tropicales; sus dedos se entrelazaron y recorrieron su cuerpo como enredaderas silvestres; el patio se deshizo y dio lugar a una hierba milenaria, inundando mis sentidos cruel o tiernamente. Nada quedó a mi alrededor. Solo y confundido, miré la hermosa flor que había nacido ante mí, que ya no me increpaba con cinco siglos de mirada. Y repetí en silencio: «está esperando».